Lo que se va entre las aguas

ANGIE SERNA

YAMAHA

¿Se acuerda cuando llegábamos tarde… anclábamos los botes detrás de la casa y los amarrábamos allá al palo’e mango? Y ahora sí. A remendar la atarraya porque esa ya está muy vieja, o empiece a tejer otra. Con lo contento que era luego uno arrebatándole el pescado al charco…

“El oficio de los mayores” lo llaman los nietos que han tomado como herencia el amor por la labor. Recuerdan cuando les enseñaban a abrir el congolo, una red más pequeña y pesada que servía para practicar. No a tirarla: a lanzarla. Fuerza y fina precisión dicen que se necesitaba para que se expandiera entera sobre el río Cauca. Cuando los peces se juntaban en las curvas del río, cerca a los bancos de arena, mujeres, hombres y niños hacían el lance de la atarraya. Todos al tiempo, en hermosa comunión.

Hablan los pescadores abrazados al recuerdo. Pero qué se hace ahora con la aguamala, con el cambio de clima, con los peces que ya no llegan porque al río lo retuvieron más arriba. Quienes vivían en las orillas del río pescaban cerca a la Laguna de Sonso, en el tramo entre Buga y Yotoco. Cada tanto presenciaban el alumbramiento de las madreviejas y en los momentos de espera veían flotar los cuerpos putrefactos que bajaban por el agua en los 90.

Con los años el agua cambió. Cada vez más densa y sin oxígeno. O más bien poco: mucha ha sido la agresión por los tóxicos de los cultivos aledaños y las aguas negras que vienen de la ciudad. Después de la construcción de la represa Salvajina en 1985, el caudal del río bajó y los peces no volvieron. Años después los pescadores y sus familias fueron trasladados a una zona sin riesgo de inundación. Se fueron abrazados al recuerdo y al nuevo mañana. La crisis no dio espera. El porvenir tampoco.

Sobrevuela el garzón gris por el mismo río, con sus patas extendidas como flecha rasgando el viento. Quienes alguna vez fueron pescadores ahora son guías de las aguas que han recorrido por más de 40 años. La pesca, su artesanía, se práctica en ocasiones. Ahora ellos señalan y nombran los coquitos, las águilas, el martín pescador. A los Guayabos, carámbolos y guanábanos del camino. Desde sus canoas guían a los visitantes en el cuidado de estas aguas y tierras que tanto conocen.

A las familias que habitaron la vereda El Porvenir y a sus *Crónicas de la gran laguna*.
A la vida del gran río Cauca, que injustamente ha cargado con tantas muertes.